



LIBROS

N. de la R.:—Se ruega a los autores y editores que deseen aparezcan las recensiones de sus libros en las páginas de esta revista, que nos envíen dos ejemplares de cada obra, a no ser que se trate de ediciones muy caras.

ERRANDONEA, Ignacio S. J.—“*Diccionario del Mundo Clásico*”, Edit. “Labor”. Barcelona-Madrid, (1954) págs. 1810.

Estamos en la época de los éxitos colaborativos de los estudiosos españoles; la BAC, en sus múltiples secciones, para no citar sino uno de los últimos ejemplos, es uno de tantos, que ya ha trascendido el horizonte hispanoamericano. La bellísima obra que presentamos es un fruto consolador de esta colaboración

Durante años han cooperado con el P. Errandonea no menos de 40 colaboradores principales, sin contar un número mucho mayor empeñado en elaborar las voces menos importantes. Personal selectísimo; algunos datos sobre los principales, los encontrará el lector al principio de cada uno de los dos tomos del diccionario en un índice especial. La personalidad del Director, el P. Errandonea, es ampliamente conocida para los estudiosos del mundo clásico. Realmente esta obra ha venido como a coronar, es expresión suya, “las aficiones y estudios de su vida”. También para la Editorial “Labor” ha sido éste un triunfo al aumentar con éste un diccionario más a la ya larga serie de ellos que ha venido dando a luz. Y ha alcanzado así, además, la realización de una obra genuinamente española, capaz de competir con las mejores de su género extranjeras.

El vasto tema: “Todas las manifestaciones del espíritu” de los siglos clásicos, viene desarrollando en innumerables artículos, todos firmados, y muchos de ellos, los principales, incluyen una competente bibliografía (consúltese por ejemplo el hermoso artículo de “César”). Complementan toda la obra una serie de apéndices muy valiosos: “Cronología”, “Calendarios clásicos”, “Genealogía” (Resumen histórico,) etc. El último, “la Bibliografía” contiene la nota de unas 300 obras.

Constituye, pues, esta obra a nuestro juicio, un formidable y atractivo instrumento de trabajo, además para nuestro medio centroamericano muy oportuno por la todavía reciente creación de la Facultad de Humanidades en varias de nuestras Universidades. A su valor intrínseco une el “Diccionario del Mundo Clásico”, como en general el libro español de nuestros días, al acomodarse, por su módico precio, a las posibilidades de muchos de nuestros aficionados y estudiantes. Además de estar seleccionadas sus 1,189 ilustraciones con un criterio sano, que sin omitir las bellas realizaciones del arte clásico, no pueden ofender a nadie.

De todas estas indicaciones verá el lector que Edit. “Labor” nos presenta por medio del R. P. Ignacio Errandonea y sus colaboradores una obra acabada

CUEVAS, Mariano S.J.—*"Historia de la nación mexicana"*. Tom. III, Edit. Buena Prensa, México (1952) págs. 564.

El subtítulo correspondiente a este último tomo es: "Desde la revolución de Ayutla a nuestros días". Abarca la parte más triste de la historia de una nación que netamente católica en su formación étnica y al proclamar su independencia, viene a menos por haber caído su vida política muchas veces en manos de enemigos del espíritu no sólo católico sino aun nacional.

Todavía alcanzamos los últimos tiempos de Santa Anna, pero la atención nos la llevan los grandes hombres: Comonfort, Juárez, Maximiliano, Miramón, Porfirio Díaz, sin que se nos olviden Ocampo y Lerdo. Al juzgarlos les ha hecho justicia el autor, sobre todo al Emperador y a Díaz; sin embargo nos parece exagerada la diferencia que se establece —fluye más bien de los retratos hechos por separado— entre Juárez y Miramón: no acertamos a comprender que en el zapoteca llegado a Presidente se dé todo lo malo y que en el militar no se encuentre mancha alguna. En el austriaco quedan compensadas sus simplezas y los desaciertos políticos por una muerte noble, en cuya descripción se ha lucido el historiador jesuita. El período porfiriano destaca a nuestro parecer por su objetividad, tal como lo ha expuesto el P. Cuevas —así lo creemos—; el estudio de la persona del dictador es lógico y bien trazado: así se comprende mejor el paso de esbirro juarista a propugnador del orden y de la buena inteligencia con la Iglesia.

Sinceramente nos parece exagerada la actitud de achacar a los Estados Unidos todos los contratiempos en el desarrollo de la política patria con todos los descalabros que llevó consigo; ni nos parece que, puestos a defender

a los católicos por haberse inclinado hacia Francia y admitido un emperador extranjero, culpemos a los contrarios de entrega a los fines americanos, sin excusa alguna que atenúe su proceder. Los argumentos adolecen a veces de sentimentales como cuando descienden a recordar a Alvarez su sangre africana o medir por un mismo rasero a los marinos de la Unión americana de todos los tiempos. Se explota bastante el tema religioso, como no podía ser menos; pero el suponer a todos los presidentes no adictos a la Iglesia fautores del protestantismo no aparece muy probado.

El asunto de las exigencias guatemaltecas en tiempo de Barrios está presentado con mesura y buena lógica, con más peso, claro está en las razones patrias. No nos parece tan lógico que al aludir, como de paso, a la oposición que hizo la ciudad de San Salvador cuando se pretendía la anexión al Imperio se le niegue todo derecho "pues no era cosa de que una sola ciudad empotrada en territorio ya nuestro, ejerciese actos de perturbación y desconcierto".

A propósito del pronunciamiento de Orihuela se tacha de detestable una pastoral —de Reyer— porque en ella se incitaba a la sumisión a las autoridades y a la unión entre los católicos; en este punto nos parece un poco fuerte la calificación, por tratarse de un tema que viene discutiéndose hasta el día de hoy, y ello dada la dificultad de apreciar en su verdadero valor y significado todas las circunstancias.

La obra del jesuita mexicano aunque sólo fuese por haber puesto de relieve la influencia de la religión en toda la historia patria y la verdadera mentalidad del pueblo, merecería encomios sin número. Y en esto ha sido maestro el P. Cuevas.

J.M.G.

SALES, San Francisco de.—*Obras Seleccionadas*, Tom. I. Preparadas por Francisco de la Hoz, S. D. B.—Edit. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) 1953, 798 págs.

Harto conocida es en los medios espirituales la Introducción o Filotea, que tantas versiones sigue teniendo y hace tanto bien a las personas que tienen que vivir en el siglo. No así los Sermones, piezas de "oratoria densa documentada en la S. Escritura. Si toda oratoria resulta pálida en el papel, esta no puede revelarnos la fogosidad del gran apostol, martillo de los herejes calvinistas, aunque siempre le acompaña la luz y calor de su autor tan insinuante en todos sus tratados.

Las Conversaciones espirituales son una especie de casuística de las relaciones de la persona religiosa con sus compañeras y la Superiora. No es esto lo que menos gustará al lector católico por el tono de confianza de las Hijas y de bondad del Padre con que se van exponiendo y resolviendo los casos, extremando el Santo, si cabe, su prudencia y buen sentido habituales. El "recto sabor de las cosas", huella auténtica del Espíritu Santo, alcanza en este tratado familiar su más alto grado.

La B.A.C. nos anuncia su segundo tomo, no menos interesante: Tratado del amor de Dios; Cartas escogidas: Directorio Espiritual.

Es lástima que en la traducción se haya aceptado la palabra "abandono", tachada en español de quietismo, peligrosa todavía, y que no da el significado de la palabra francesa. El concepto, no ya Salesiano, sino bien bíblico ha sido traducido por lo menos de estas tres maneras: "abando-

nar su cuidado, dejar su cuidado, arrojar su cuidado en Dios". Ninguno de los tres infinitivos conserva este significado en el sustantivo respectivo: abandono, dejación, arrojó, salvo en francés en el primer caso. Aquí está la raíz del mal. La solución estaba en usar el nombre verbal con artículo: "el arrojarse, un arrojarse en brazos de Dios". El mismo Sales expresa ese concepto, aun en francés, sin acudir a la palabra en cuestión, y en bastantes pasajes. El traductor no tiene sino volver sobre sus pasos y repasar las citas que le voy a alegar:

Introducción: "arrójate en sus brazos" (pág. 67, lin. 32); arrojémonos en su regazo (de la Virgen) con toda confianza". (108, 32); "dejando todo el cuidado de sí", (728, penúlt. lin.); si te abandonas en los brazos de Dios" (150, 26); "arrojarse en el amor de Dios", (247, 23). El texto aquel del Salmista: "*iacta cogitatum tuum in Domino et ipse te enutriet*", no creo que sea menos expresivo que el *abandono*.

Sermones: "abandono entre los brazos de la divina Providencia" (32, 17); "cuando nuestro cuidado se lo entregamos a El" (333,2); abandonado un poco el cuidado de nosotros mismos" (333, 33); "dejando a Dios el cuidado de consolaros" (336, al fin): "perfecto abandono, entrega total" (451, al fin); "me abandono en tus manos" (560,33); "dejando todo el cuidado de sí" (780, al fin).

Fr. Luis de León quizás hubiera dicho "lanzarse en brazos de Dios":

(el alma) "...se traspassa y lanza en aquel Bien libre de tasa".
N.O.